

Una historia de la migración nipona a México

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Sergio Hernández Galindo, *Los que vinieron de Nagano. Una migración japonesa a México*, México, Nagano Kenjinkai / Artes Gráficas Panorama, 2015, 237 pp.

Desde hace varios años, Sergio Hernández Galindo ha hecho del estudio de la migración japonesa a México su tema. Los resultados de su investigación los ha publicado en libros y artículos que han tenido una buena aceptación en el mundo académico mexicano. En *Los que vinieron de Nagano*, Hernández Galindo continúa con su línea de trabajo y busca reconstruir la historia de un grupo que provenían de aquella región de Japón, que comenzó a arribar a nuestro país en las últimas décadas del siglo xix. Para lograr su objetivo, recurre, en buena medida, a los testimonios orales de los migrantes para mostrar las redes de información y de apoyo con las que contaban, y que les permitieron que su llegada al país resultara menos complicada. El autor advierte que para entender la historia de la migración nipona a México, y en particular la que provino de Nagano, se debe tener en cuenta los conflictos que existían

entre Japón y Estados Unidos, pues este último país determinó la política que se debía seguir, sobre todo en el siglo xx, con los japoneses que se asentaban en América Latina, procedimientos que también se llevaban a cabo en nuestra nación. El libro narra distintos pasajes de la vida de los migrantes y la manera cómo se adaptaron a una realidad que les resultaba totalmente ajena.

En la primera parte describe la prefectura de Nagano, ubicada en la antigua región de Shinano, la cual registra una ocupación constante desde hace 1000 años. Sus características fisiográficas propiciaron el desarrollo de actividades agrícolas y pesqueras. Con el ascenso de la dinastía Meiji (1868-1912), en esa localidad se crearon, a partir de 1871, las prefecturas de Nagano y Chikuma, aunque cinco años después fueron fusionadas con el nombre de Nagano. Una de las características del régimen Meiji es que permitió la emigración, pues se le concedió pasaporte a la población y, con ello, se fomentó el traslado de numerosas comunidades al exterior. De hecho, se tiene noticia de que cerca de ochocientas mil personas partieron a América. Las prefecturas de Hiroshima, Yamaguchi, Fukuoka y Kimamoto fueron las

principales expulsoras de gente. Ante la magnitud del movimiento migratorio, el gobierno japonés creó, en 1891, un departamento de migración que otorgaba permisos a las compañías que reclutaban trabajadores y los trasladaban a los países en que laborarían. El destino hacia América fue habitualmente México, Estados Unidos y Perú. En el caso particular de Nagano, la emigración comenzó en 1868 como consecuencia de la cambiante situación que se vivió en la región, pues ésta dependía de la industria textil y de la producción de seda, aportando 42% de la que se exportaba. Con la intención de aumentar la generación de divisas, el gobierno Meiji decidió modernizar esas dos ramas de la economía con la finalidad de expandir los productos destinados al comercio exterior, así como lograr una mayor concentración de trabajadores en las fábricas. Cuando la demanda de seda se derrumbó, en la década de 1920, se produjo el cierre de industrias con el consecuente desempleo; además, se observó una disminución en los precios de los productos agrícolas y el escenario empeoró en 1934 al registrarse una hambruna. Estos factores provocaron que la pobreza se generalizara a tal grado que aumentaron la venta de hijos, los

suicidios y el traslado de mujeres a las casas de geishas y bares. La crisis de la década de 1930 ocasionó que se incrementara la migración de los naganenses, quienes sufrieron, además, las consecuencias del viraje de la política internacional estadounidense hacia su país de origen, lo cual suscitó que se tuvieran que establecer en países como Brasil y Perú.

En un segundo apartado se menciona que la historia de la migración japonesa se puede dividir en tres grandes etapas: la de inicios del siglo xx hasta 1941; la de diciembre de 1941 hasta agosto de 1945 y la de 1945 hasta nuestros días. La primera se caracterizó por la llegada de campesinos y obreros empobrecidos, quienes lograron adaptarse por dos razones: poseían una fuerte disciplina y contaban con educación a nivel de primaria elemental. Ambas condiciones los volvían competitivos. Los primeros migrantes se establecieron en Chiapas en 1897. Las estadísticas indican que hasta 1941 habían llegado 15 000 japoneses a México, de los cuales sólo 126 pertenecían a la prefectura de Nagano. Sin embargo, los testimonios orales recabados incitan a pensar que el número fue mayor. El primer naganense que arribó a México fue Toyozo Nishizawa; llegó a Chiapas en 1903. Este personaje se ganó el respeto de la comunidad tanto por su matrimonio con una mexicana como por su carácter afable, motivo por el cual recibió apoyo para evitar su detención en la década de 1940, asunto del que se hablará más adelante. La migración japonesa a México fue promovida por compañías colo-

nizadoras como la Toyo Imin Gaissha, la Tairiku Shokumin Gaissha, Shinano Kyoikukai y la Nippon Rikko Kai, que además tenía un carácter religioso. Los contratos para reclutar la mano de obra, en la primera década del siglo xx, eran suscritos por medio de compañías estadounidenses, que eran propietarias de minas y de plantaciones de caña de azúcar. Pero al no ver cumplidas las condiciones pactadas, los trabajadores decidían escapar para buscar mejores condiciones de vida en otros lugares. Así, muchos se dedicaron a la construcción de vías de ferrocarril en Colima y Sonora, aunque otros decidieron migrar de manera legal a Estados Unidos.

Con la intención de mejorar sus condiciones de vida y apoyar a los nuevos migrantes se fundó la llamada “México Jiho” en la capital del país. Conforme regularon su situación económica, los nipones establecieron giros comerciales que en un principio atendían, pero que después encargaban a los recién llegados, lo cual demostraba las redes y contactos que existían. De hecho, el sistema *yobiyose* permitía el ingreso a México siempre que un familiar o amigo se hiciera cargo del nuevo migrante. Mediante esta modalidad llegaron 3 000 personas que buscaban no sólo trabajo, sino también formar familias por medio del matrimonio. Sin embargo, las circunstancias cambiaron en 1941 como consecuencia del ataque a Pearl Harbor. El entonces presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt ordenó en 1942 que se crearan campos de concentración para los japoneses residentes en Estados Unidos,

política que también se siguió en nuestro país pues se ordenó el confinamiento de los japoneses en las ciudades de México y Guadalajara, además de que les fueron incautados sus fondos monetarios y sus propiedades. Con el objetivo de paliar la situación de los nipones que residían en el interior del país, los que vivían en la capital y en la Perla de Occidente decidieron crear el Comité de Ayuda Mutua y comprar la hacienda de Temixco para albergar a quienes carecían de trabajo. Si bien las autoridades mexicanas accedieron a trasladarlos lejos de la frontera, no vacilaron en enviar a los campos de concentración estadounidenses a aquellos que eran considerados “peligrosos”. Aunque en 1945 se levantó la orden de concentración, los migrantes no regresaron a sus lugares de origen, sino que se quedaron a residir en la Ciudad de México y en Guadalajara.

La última etapa, posterior a la guerra, se caracteriza por migrantes que llegan a México por cuestiones laborales por su interés en nuestra cultura o por su deseo de radicar fuera de su país.

Hernández Galindo también narra pasajes de la vida de algunos de los migrantes que llegaron antes de 1940, historias que muestran las dificultades que tuvieron que enfrentar en un país desconocido. Por ejemplo, Zenju Fujisawa llegó a México a trabajar con su paisano Shozo Yajima en un rancho de San Luis Potosí, que sería saqueado durante la Revolución, situación que lo obligó a emigrar a Yucatán para emplearse como pescador y maquinista de una embarcación, aunque después regresó a

la tienda de abarrotes de su primo Teikichi Iwadare en San Luis Potosí. Cuando Fujisawa se casa con Nizusu Endo, en 1936, decide trasladarse a Ciudad Valles para establecer su propia tienda de abarrotes, quien por cierto no sufrió la política de concentración debido al apoyo que recibió del general Lorenzo Muñoz, pero tuvo que desplazarse a Cerritos para cuidar las propiedades de su primo Iwadare. Otro caso interesante es el del dentista Takaichi Hojyo, que se convirtió, merced a la política de concentración, en uno de los más importantes líderes de la comunidad japonesa. Después de especializarse como odontólogo en San Francisco, debió establecer su residencia en Nogales, Sonora, por las condiciones que imperaban en México, donde adquirió una buena reputación que redundaría en la formación de varios discípulos. Aunque se había nacionalizado mexicano, ello no impidió que se ordenara su concentración en la capital del país, lugar donde estableció un consultorio y tendría una notable participación en el seno de la comunidad migrante, al grado de que se le encargó adquirir el terreno donde se fundó la escuela Chuo. Por su parte, Hatshichi Karasawa llegó a México en 1933 con la intención de trabajar en la tienda de su tío, Luis Iwadare, a quien acompañaba en sus viajes a la Huasteca y a Aguascalientes para surtirse de diversos productos. Después de concluida la concentración, Hatshichi y Epifanio Azuma decidieron desligarse

de Iwadare y abrir una tienda de dulces, misma que, años después, vendió a Azuma para adquirir una tienda de abarrotes en la colonia Peralvillo. En 1949 conoció a Hatsue Kano, profesora en la escuela Chuo, con la que se casó el año siguiente. En 1954 abrieron una mercería en la colonia Portales, la cual alcanzó un gran prestigio.

En el último apartado, Sergio Hernández reconstruye la historia de los migrantes que llegaron a México después de la Segunda Guerra Mundial. El caso de Akira Arai resulta de sumo interés, pues ingresó como voluntario, en 1945, a la escuela de “pilotos zero”, quienes eran instruidos para dirigir aviones de caza. Al finalizar la conflagración trabajó en una tienda donde aprendió a reparar relojes. Con esta preparación, su hermana Tokino y su esposo Masanobu Komatsu lo invitaron a México y lo impulsaron para que pusiera un negocio de venta y reparación de relojes en la ciudad de Cuernavaca, lugar donde Tokino era propietaria de una mercería. Akira abrió la llamada Relojería Japonesa Imperial. En el caso de Tadatsugu Tsuchiya, éste arribó a México debido a un programa patrocinado por las autoridades japonesas que ayudaba a emigrar a Estados Unidos o Latinoamérica. Aunque deseaba trasladarse a Brasil, diversas circunstancias lo condujeron a nuestro suelo. En 1965 abrió una tienda de mercería y papelería en Iztapalapa, que sólo le dejó deudas con la Compañía Papelera Escolar, propiedad de Roberto Miyasaki, mo-

tivo por el que se incorporó a esa empresa para laborar en una sucursal. Pese a su fallida experiencia, Tsuchiya decidió comenzar otros negocios que tampoco le dieron buenos resultados, pero su perseverancia se vería recompensada con la creación de Mikasa, empresa que surtía productos japoneses a comercios y restaurantes. Sin embargo, no todos los migrantes llegaron a México por cuestiones laborales, tal como lo demuestra el caso de Yoichi Shiba, que después de visitar a su hermana Sachiko, vecindada en Lerma porque su esposo fue enviado a trabajar en una empresa productora de relojes, decidió quedarse a vivir en nuestro país para alejarse de una decepción amorosa. En su tierra natal, Yoichi fue cinco años asistente de cine y había dirigido obras de teatro cómicas, pero en Toluca decidió abrir una empresa denominada Estudio 21 y, años después, estableció el restaurante Yamato.

El libro de Sergio Hernández tiene la virtud de mostrar, a través de los testimonios de los migrantes, las dificultades que tuvieron que afrontar para adaptarse a un país distinto y, sobre todo, la manera en que se forjaron una buena posición económica merced a su constancia y su disposición para el trabajo. La interacción que logró establecer el autor con los informantes naga-noenses le permitió contar no sólo con información de primera mano, sino también con testimonios gráficos que ayudan a entender cómo se conformó, al paso del tiempo, este pujante grupo de migrantes.